

Para amar las cosas hay que conocerlas

Acto I, Visita a la Ópera.

Me desperté por la mañana, mi madre me había convencido para ir a una ópera llamada Madame Butterfly, de Giacomo Puccini.

A mí, sinceramente no me apetecía, la ópera me resultaba aburrida, yo prefería la música más moderna como el pop o el rock and roll, pero acepté porque a ella le hacía mucha ilusión que la acompañara.

La obra era por la tarde, así que mi madre me dijo que buscara ropa bonita y elegante y que ella haría lo mismo, parecía que íbamos a acudir a algo muy especial, aunque en mi opinión, no lo era.

Cuando llegó la hora fuimos al Teatro Real, ya que se representaba allí. La entrada me impactó, la verdad es que no esperaba que todo fuera tan bonito e impresionante.

El aforo estaba lleno, y mientras empezaba la ópera yo me puse a observar a la gente, la ropa que llevaban, las cosas que comentaban; y que todos parecían muy felices de estar allí, un hombre comentaba que se sentía muy afortunado de poder escuchar a la soprano que interpretaba a la protagonista, que era una cantante muy famosa, Ermonela Jahó, aunque a mí su nombre no me sonaba de nada, pero como nunca me había interesado por la ópera, era normal.

Desde nuestras butacas se veía muy bien el escenario, pero yo seguía pensando que me dormiría. Se apagaron las luces, todo el mundo se sentó, cesaron los murmullos y comenzó a tocar la orquesta.

El decorado tenía un ambiente japonés, las típicas casas de madera con puertas correderas, esterillas anaranjadas y colores suaves; había una mesa baja en el centro y cojines para sentarse a su alrededor ya que los japoneses no utilizan sillas.

Al principio me aburrí solemnemente, porque no entendía muy bien lo que cantaban los personajes, pensaba que tendría el típico final feliz de las películas románticas, en las que una chica se enamora de un chico y acaban viviendo felices y comiendo perdices, como en los cuentos. Pero a medida que la ópera avanzaba me iba interesando más y más. No me esperaba que transcurriera así, la protagonista me inspiró porque era una mujer muy joven que se enfrentaba sola a auténticos problemas, económicos y sentimentales.

Cuando la pobre Madame Butterfly se suicidó llena de dolor, la historia me conmovió por lo trágica y triste que era, acabé sintiendo lástima por la protagonista y pensé que si esta historia hubiera sucedido en la actualidad, la joven quizá tendría la oportunidad de vivir de forma diferente. Me alegro de que las circunstancias de las mujeres hayan evolucionado a mejor, ya que antes dependían, de sus padres al principio y luego de sus esposos, lo cual me parecía muy injusto. Cada persona debe de poder ser independiente y perseguir sus sueños.

También la música que tocaba la orquesta y la manera en que los personajes interpretaban su papel me encantó y llego a emocionarme mucho, como si tuviera mariposas en el estómago.

Cuando salimos del teatro, de camino a casa, mi madre y yo fuimos comentando qué nos había parecido la obra y lo que más nos había gustado; lo bien que cantaban y actuaban los personajes, la orquesta, la originalidad de la puesta en escena, el vestuario japonés, etc.

Esa noche, al acostarme, me dormí pensando en la ópera, en que no era como me imaginaba, ya no me resultaba aburrida, había cambiado mi opinión sobre ella.

Y soñé....

Acto II. El sueño.

Paseaba por la ciudad de Nagasaki, no iba muy despacio porque me dirigía a la boda del teniente americano Pinkerton y la joven japonesa Cio-Cio San, apodada Butterfly.

A mí me pareció que él no la quería, por su forma de actuar, parecía estar poco atento y con muchas prisas. Al contrario, ella parecía muy enamorada, estaba muy emocionada y se la veía feliz; hasta descubrimos que se había convertido del budismo al cristianismo por él; esa fue la causa de que su tío Bonzo la maldijera al comenzar la boda y que todos los invitados renegaran de ella. Yo sin embargo, permanecí allí, y la boda se celebró.

Tras unos días, el oficial partió hacia los Estados Unidos de América, diciendo que era por motivos de trabajo y que volvería, aunque a mí me pareció que no pensaba regresar.

A partir de ese día, comencé a visitar a menudo a Cio. Caminábamos por la ciudad, hablábamos de nuestros gustos y sueños. Así, poco a poco acabamos forjando una gran amistad llena de confianza y cariño.

Después de unos meses, nos dimos cuenta de que se había quedado embarazada del oficial y cuando se cumplió el tiempo, tuvo un hijo. Yo la ayudé a cuidarlo y a mejorar su situación económica, que no era muy buena. Además su marido no daba señales de vida.

Un día vino el cónsul de los Estados Unidos, Sharpless, que traía una carta para Cio-Cio San de parte de Pinkerton; volvería a Japón pero ya no la quería y se había casado con otra mujer. El cónsul empezó a leer, pero la joven, en cuanto oyó que su marido regresaba, se emocionó y dejó de escuchar. Después, Sharpless tuvo que aclararle que el teniente no la amaba, y ella confesó que había tenido un hijo fruto de la noche de bodas y que por eso no podía olvidarla.

Ana Li Morel Burgos
Colegio Corazón de María, 3º ESO
Código del Centro: 28011647

De repente tuve un “dèjà vu”, como si esto ya lo hubiera vivido, me daba la sensación de que conocía esta historia, caí en la cuenta de que esto sucedía en la ópera de Madame Butterfly, la que había visto con mi madre y que tanto me había conmovido. Sabía el final, y por eso decidí evitar que mi amiga acabara así.

Le aconsejé que se olvidara de su ya no marido, hice todo lo posible porque intentara ser feliz y que, de una vez, viviera por ella y por su hijo. En un principio no quería escucharme, no era capaz de aceptar el rechazo de su amado. Afortunadamente, tras hablar mucho, reflexionó y comprendió que él no la merecía, se dio cuenta de que era inútil sufrir y llorar por alguien que no te quiere.

Por otra parte Pinkerton, al enterarse de la existencia del niño, se dispuso a ir con su nueva mujer Kate para llevárselo a Estados Unidos y criarlo ellos.

Pero cuando llegaron, Butterfly les recibió convencida de su futuro, de lo que quería hacer; serena y decidida, informándoles de que ella criaría y cuidaría a su hijo, que podían irse a su país y olvidarse de ellos.

Pip, Pip, Pip, Pip,, Pip, Pip, Pip, Pip. Sonó la alarma del despertador...

Acto III. El despertar.

Me desperté a la mañana del día siguiente dándome cuenta de que todo había sido un sueño, pero estaba muy alegre porque, aunque fuera en mi imaginación, había podido cambiar el trágico final de la joven Cio-Cio San.

Antes no me gustaba la ópera, gracias a Madame Butterfly, descubrí que no sabía qué era realmente. Ya he asistido a muchas obras que me han gustado mucho, aunque mi querida Cio es y siempre será mi protagonista favorita, la que hizo que amara la ópera. Mi nuevo sueño ahora es llegar a ser cantante e interpretar su personaje.

Para amar las cosas hay que conocerlas.